

**PRIMERA GUERRA FRIA
ENTRE OCCIDENTALES**



KATANGA

LA LUCHA POR EL PRECIO DEL COBRE

por eduardo HARO TECGLÉN

ahora, cuando escribo, Tshombé, el gatazo negro de Katanga, está jugando su séptima vida política en la ciudad de Kolwezi, junto a su fiel Munongo —que ya era su lugarteniente cuando Tshombé fundó en 1959 un partido político colaboracionista sostenido por los belgas—. En el lapso que va de la máquina de escribir a la linotipia, todo puede ocurrir: quizá Tshombé haya vuelto a su palacio de Elisabethville, guardado por los doscientos mercenarios blancos —un excedente de varios fascismos internacionales—, dirigidos por un antiguo legionario francés llamado «Bob». Tal vez esté formando parte del Gobierno central, en Leopoldville. O será un cadáver devorado por las hormigas en la jungla. O un riquísimo exiliado de la Costa Azul que derroche millones en las mesas del «chemin de fer». La aventura de Tshombé dura desde hace dos años y medio: hay indicios de que está terminando, pero todavía no hay certidumbres. La novela del Congo es complicada, difícil. La están escribiendo varios autores. El «suspense» durará hasta el minuto final. Quizá, repito, ese minuto final haya sonado cuando ustedes lean estas líneas. No lo sé.

un personaje inventado

Si no hubiese existido Tshombé, habría habido necesidad de inventarlo. En realidad, esto es lo que ha ocurrido: Tshombé es un invento. Es el «buen negro» de nuestro tiempo. Sirve para tranquilizar conciencias. Muchas gentes de este bajo mundo no hubiesen podido ser capaces de salir de su racismo si no hubiese existido Tshombé. Sir Roy Welensky, primer ministro de Rodesia —antiguo maquinista de locomotoras, ex campeón de boxeo de peso pesado, autor de una ley por la cual puede condenarse como comunista a cualquier persona que declare que negros y blancos tienen los mismos derechos—, no había sentado nunca a su mesa un negro hasta que recibió la visita de Tshombé. Verwoerd, el fanático inventor del «apartheid» en Sudáfrica, se honra con la amistad del negro Tshombé. Y algunos millares de europeos de vieja cepa han podido expresar por primera vez su deseo de independencia de un país coloniza-

do hablando de Katanga, su ilusión de que un negro sea Presidente de un Estado, pensando en Tshombé. El astuto negro estaba bien inventado. Si, al mismo tiempo, ha acaparado el odio de unos cuantos millones de africanos, no hay que preocuparse excesivamente. Los negros no tienen todavía demasiada importancia. A no ser que sean de Katanga.

La diplomacia minera

Un coronel llamado Licón pronunció durante la última guerra unas palabras ante sus alumnos de la Academia militar de West Point: «Las relaciones internacionales serán cada vez más y exclusivamente un asunto de diplomacia minera.» Si el coronel vive aún, se estará frotando las manos al ver lo que sucede en Katanga. Se están jugando trescientas mil toneladas de cobre al año (8 por 100 de la producción mundial), 8.300 toneladas de cobalto (60 por 100 de la producción mundial), zinc, plata, cadmio, tantalita, diamantes... Y uranio. Un uranio misterioso, del que apenas se sabe nada. No se sabe cuánto se extrae de la mina de Shinkolobwe-Kasolo: la Unión Minera jamás lo ha hecho figurar en sus estadísticas. Las exportaciones se han hecho siempre bajo la mención de «*crude mineral substance*», sin que nadie tuviera derecho a abrir las cajas, a pesarlas, a calcular su precio de venta. Nadie puede acercarse a Shinkolobwe, guardado por alambradas eléctricas y cientos de soldados. Pero se sabe que en el museo geológico de Elisabethville los turistas no podían entrar con cámaras fotográficas, porque la radiación velaba sus películas...

Katanga es un país metálico. La Catedral tiene la cúpula forrada de cobre, hay —o había— algunas calles empedradas —valga la palabra— con cobre. Los niños jugaban en los jardines públicos con grava de cobalto o de zinc...

Todo esto era de la Unión Minera. La Unión Minera era Katanga: al tiempo que las minas, había creado las ciudades, las carreteras, las escuelas, las catedrales, las misiones. *L'Union Minière du Haut Katanga*, creada por la *Société Générale de Belgique* y por la *Tanganyika Concession Ltd.*, tiene una concesión que debe expirar el 11 de marzo de 1990. Al producirse la independencia del Congo, los «royalties» que la Sociedad

KATANGA



La novela del Congo es complicada, difícil. Recoge la primera guerra fría entre occidentales. La están escribiendo varios autores. ¿Cuánto durará todavía?

debía pagar al propietario del suelo, al estado independiente del Congo, tenían que ser entregados al Gobierno de Leopoldville. Es decir, al Gobierno del moderado Kasabubu y del desesperado Lumumba. Antes de que de esto sucediera surgió, con una oportunidad sospechosa, la secesión de Katanga. La Unión ha negado siempre que en 1960, cuando se proclamó la independencia del Congo, intentase crear un falso estado independiente en Katanga; las apariencias, en cambio, no han cesado de acusarla. El hecho es que inmediatamente de la pretensión katanguense de independencia, la Unión Minera cesó de pagar sus derechos al Gobierno Central del Congo, comenzó a abonárselos a Tshombé y bloqueó en Bruselas, hasta tanto se aclarase la situación, las acciones correspondientes al Estado del Congo. De esta forma el Gobierno Central se encontraba abocado a la catástrofe financiera. Y, al mismo tiempo, la *Tanganyka Concession Limited*, sociedad británica, se encontraba poseedora del mayor paquete de acciones libres de las minas de Katanga.

La nueva organización minera benefició automáticamente a cuatro países europeos: a Bélgica, sede de la *Union Minière*; a Gran Bretaña, donde la *Tanganyka* vierte cada año 16 millones de libras esterlinas; a Francia, que adquiere el cobre katanguense a bajo precio, y a Portugal, porque las exportaciones se hacen a través de Angola por el puerto de Lobito (la compañía ferroviaria encargada del transporte ha triplicado sus beneficios después de la secesión de Katanga).

la marioneta se subleva

de esta situación nació Tshombé, fue inventado Tshombé. Durante los últimos años de la colonización belga, Tshombé había adquirido un cierto prestigio. Era un comerciante hábil y astuto: se había casado con la hija del jefe de la tribu de los Lundas (una tribu de 350.000 guerreros) y ofrecía a Bélgica el apoyo de los suyos a cambio de facilidades para comerciar. La política le ayudó: fundó un partido político colaboracionista para combatir a los rebeldes «abalubas». Era el jefe político de Katanga cuando el Congo proclamó su independencia. A los once días justos declaró la secesión de Katanga. Se rodeó de consejeros europeos y pronunció las palabras mágicas que debían abrirle el camino de Occidente definitivamente: «Lumumba quiere arrastrarnos al comunismo.» No se detuvo en nada: desde pactos traicionados, promesas incumplidas, palabras desmentidas, hasta el asesinato de Lumumba, que algunos atribuyen a sus propias manos.

Pero quizá como una estatua de Pigmalión que deja de obedecer a su propio autor, la marioneta Tshombé va creyéndose cada vez más que es, en efecto, Tshombé. «A un hombre de mi género se le debe, por lo menos, un poco de respeto», declara. El Estado de Katanga se va convirtiendo poco a poco en un mundo extraño. Hay 16.000 blancos que dejan de creer en sus propios países para entregarse a la mística de Tshombé. Un día los belgas de Katanga asaltan su Consulado, quitan la bandera real belga y colocan en su lugar la de Katanga. Cuando el cónsul de Italia se niega a asistir a una ceremonia de «culto a la personalidad» de Tshom-



Doscientos mercenarios blancos guardaban el palacio de Tshombé. Jean Demervelleux —belga— y Bella Szabados —húngaro— son los capturados por la ONU

bé, los italianos de Katanga están a punto de asesinarle. Los blancos de Katanga —ultras entre los ultras— encuentran que tienen más poder que cuando un país europeo dominaba el Congo. La aventura se exagera. Los belgas se asustan de su propio fantoche: el dinero es miedoso y temen que Tshombé se arriesgue demasiado. Spaak dice en la Cámara belga que «Ya nadie puede considerar a Tshombé como un jefe de Estado, sino como a un bandido con un gran poder». La Unión Minera comienza a negociar con Adula, Jefe del Gobierno Central. En los primeros días de enero, una misión de la *Unión Minière* fue a Leopoldville para negociar un acuerdo por el cual podrían entregar al Gobierno Central la mitad de los «royalties» debidas al Congo. Adula declaraba después a la prensa: «Hoy ha sido el día más feliz de mi vida». Tshombé arde de indignación: amenaza con volar las minas, y sus dieciséis mil europeos le aplauden. La Unión Minera tiembla...

la coacción onu-usa: en busca de precio para el cobre

Desde que se proclamó la independencia de Katanga del resto del Congo, las Naciones Unidas se opusieron. Al principio, débilmente; luego, con mayor fuerza. Hasta la creación de una fuerza especial militar patrocinada por los Estados Unidos. Los mercenarios de las Naciones Unidas y los de Katanga se enfrentan en una guerra armada. No es la primera guerra de las Naciones Unidas; los «casos azules» lucharon en Corea y en Oriente

Medio. Fueron dos etapas de la «guerra fría», en las que los soldados de la ONU estaban, en realidad, dirigidos por los Estados Unidos, con la anuencia de los otros países occidentales, contra el bloque comunista. Pero esta es la primera vez que una «guerra en miniatura» se desarrolla teniendo por protagonistas en la retaguardia a países occidentales. Es decir, es la primera guerra fría entre occidentales. Eisenhower vaciló en lanzarla abiertamente. Kennedy, fortalecido por su posición cubana, la está llevando adelante. Su representante en la ONU, Stevenson, la proclamó prácticamente (Stevenson ha sido presidente de la sociedad *Templeman and Son*, que explota minas de diamantes en Katanga). Hammarskjöld había sido uno de sus protagonistas (el hermano de Hammarskjöld es presidente de la *Grangesberg*, una sociedad sueca con intenciones mineras en Katanga). En realidad, Estados Unidos controla la mayor producción mundial de cobre, con sociedades *Anaconda Group* y *Chile Copper Company*. Para estas sociedades no es sólo una tentación la existencia del cobre en Katanga. Es también un riesgo que ese cobre lo tengan otros y hagan variar los precios mundiales. El cobre se estaba vendiendo demasiado bajo a Francia, a Gran Bretaña, a Alemania. «Quieren llevarse mi cobre», grita textualmente Tshombé a los Estados Unidos (y tiene aún palabras más amargas: «No les basta con 19 millones de esclavos negros en su país; quieren también esclavizarnos a nosotros.»)

La acción de las Naciones Unidas en el Congo estuvo siempre obstruida por los países occidentales interesados. Kennedy, después de sus recientes declaraciones en Palm Beach, erigiéndose en líder de Occidente, después de su conferencia en Nassau con Macmillan, ha comprendido

KATANGA



Ishombé es el «buen negro». Sirve, sobre todo, para tranquilizar conciencias. Si no hubiera existido habría que inventarlo



Guerra en Katanga, en busca de un «buen precio» para el cobre... y el uranio

que ya no era tiempo de respetar por más tiempo estas rémoras, y se ha lanzado a la guerra abierta. Busca un buen precio para el cobre y un control americano del uranio.

La primera repercusión: Londres. Macmillan ha dado instrucciones directas a su ministro de Asuntos Exteriores, Lord Home, para que abandone sus simpatías por Tshombé. Es más difícil hacer callar a los noventa diputados conservadores que tienen acciones de la *Tanganyika*, entre ellos Lord Salisbury y Charles Walter House, que están también interesados en la Compañía del Canal de Suez y se encuentran entre los que provocaron la triste aventura franco-británica en Egipto. Pero el Gabinete británico se encuentra ya atado de pies y manos a los Estados Unidos. En Francia, la amargura es considerable. La decisión de Kennedy viene a acrecer el contencioso franco-americano. En Bélgica se trata de negociar: se trata de conseguir que Tshombé tenga una representación en el Gobierno Central del Congo, que las concesiones de la Unión Minera sean respetadas y que se evite la destrucción de las minas. Es la política del mal menor. Es un pacto que tiene posibilidades de éxito.

Y en este «suspense» estoy mientras escribo.

aspectos morales

Sobre estos aspectos concretos y materiales del problema hay una serie de consecuencias morales para extraer. Una de ellas la de la dudosa actuación de la ONU en todo este asunto, sometida al poder americano, hasta el punto de que algunos partes de la situación en Katanga han sido emitidos directamente por Washington, y la de sus militares, que algunas veces parecen haber

actuado por cuenta, sin obedecer las órdenes dadas por U Thant desde su cuartel general del piso 38 de Lake Success. Adré Frossard, comentarista del «Figaro», escribía: «Mandados por todo el mundo, los soldados de la ONU terminan por no obedecer a nadie. La jerarquía se ha invertido: El Secretario General tiene menos autoridad que el jefe de Estado Mayor, que no tiene poder sobre los coroneles, que consultan a los capitanes, que no saben dónde están los cabos que marchan tras los soldados.» La aparición de un general americano, el teniente general Truman, ha complicado más las cosas. La vieja crisis de las Naciones Unidas, planteada prácticamente desde su fundación, se ha agudizado con su intervención congoleña.

Otro problema moral: la utilización que se está haciendo del drama del Congo para combatir el anticolonialismo en general y para ensalzar los dorados tiempos de la ocupación belga. Todo lo que ocurrió y ocurre en el Congo no es una consecuencia de la descolonización, sino una secuela de la colonización (como lo que pasa en Argelia o como el último acontecimiento trágico de Africa, el asesinato de Silvanus Olimpio en el Togo). Se escribe que los países recientemente liberados tenían un retraso de varios años —hasta de dos o tres siglos, se ha dicho—, y que se debía haber esperado para darles libertad a que se pusieran al nivel de sus colonizadores, olvidando que, axiomáticamente, las poblaciones indígenas de los países colonizados estarán siempre retrasadas con respecto a sus colonos, pasen los siglos que pasen, y nunca verán llegado el momento de igualdad que les liberaría.

En los años de la ocupación belga la renta nacional del Congo se elevaba a 47.000 millones de francos; 24.000 millones se repartían entre doce millones de indígenas; 23.000 millones entre 86.000 blancos, que tenían así un nivel de vida 120 veces superior al de los nativos. Todo el Congo está edificado sobre ríos de sangre. En las escuelas se enseñaba a los niños a «obedecer a sus amos». En 1906 un diputado belga leía ante la Cámara una circular enviada a los jefes de puesto en el Congo: «Vaya usted a los bosques con un buen látigo. En la primera choza, diríjase usted al propietario: Toma esta cesta, vete al bosque, y si en ocho días no has vuelto con tus cinco kilos de caucho, tu casa va a arder.» El látigo servirá para empujar a los bosques a todos los que no quieran abandonar sus pueblos. Quemando una a una las casas, no será necesario que llegue usted a la última antes de ser obedecido. El comisario general del distrito de Uelle decía a sus subordinados: «Deben suministrar mensualmente 4.000 kilos de caucho. Tienen ustedes dos meses para hacer trabajar a sus poblaciones. Empleen primero la dulzura, y si las gentes continúan sin obedecer las imposiciones del Estado, empleen la fuerza de las armas.» Esta colonización, que convertía el Congo en un país económicamente subsidiario de la economía belga, que impedía el acceso a instrucción superior a los congoleños, hambrientos y aterrorizados, es la que ha producido el drama.

Un drama que está lejos de ser resuelto. El país, empobrecido y ensangrentado, cuyas riquezas se disputan los grandes países de Occidente, está muy lejos de alcanzar aún su verdadera independencia. Aún el Congo tiene que aparecer muchas veces en las primeras páginas de los periódicos del mundo.

E. H. T.



Se halla en crisis el Banco Nacional de Katanga. Han desaparecido misteriosamente mil millones de francos. Sería inútil investigar su destino



ramón,

EL HOMBRE QUE JUGABA CON SU SOMBRA

UNA noche de sábado, hace más de dos lustros, Ramón se despedía de su tertulia de Pombo. Había pleno en la cripta y, sin embargo, no estaban todos; la historia y los años habían diezimado y dispersado a los «sonadores vitalicios del café» pero Pombo no aguardaba ausencias y una multitud de jóvenes curiosos ocupaba su lugar. Recordamos también la presencia de Conchita Montes, de Sanz y Díaz —que había sostenido celosamente entre los declamónicos espejos la memoria presidencial de Ramón—, así como la de —oh, la fidelidad!— mucha gente del circo. Más temprano que en otros tiempos, Ramón se levantó y pronunció las palabras de adiós —el réquiem— con un acento inevitablemente porteño. Treinta años de tertulia habían muerto y, finalmente, Ramón fue dando el pésame, uno a uno, a los que formaban el duelo. Faltaba Solana para retratar el momento definitivo.

Luego Ramón Gómez de la Serna regresó a Buenos Aires y Pombo se transformó en una moderna tienda, porque no hay bohemia ni romanticismo que pueda con los tiempos, y no tenemos por qué lamentarlo demasiado. «Los hombres se han dado siempre mucha importancia», había escrito él; muchos no aprendieron la lección e hicieron necrologías de imposible encaje en el mundo ramoniano.

Ahora, al morir Ramón, cabe considerar, apresuradamente, la estructura de este mundo que ya se ha cerrado, y las razones de su existencia. Fue, en realidad, como una explosión de los felices años de entreguerras, el resultado de una época que no supo encontrar su exacto perfil y se desbordó hacia la brillantez, la bella e inútil metáfora, el recreo en el matiz, la falsa salvación en lo pasajero. Pero este mundo, aunque compartido, no puede desligarse de la personalidad de su creador. De la trayectoria que arranca del número 5 de la calle de las Rejas, e injerta, al cabo de los años, las decadencias de París en lo esencial de los más castizos barrios madrileños.

En su torreón de Velázquez, rodeado de su familiar ambiente tragicómico —la muñeca de cera, el esqueleto, el muñeco epiléptico, las mascarillas—, Ramón alzaba su obra. «Qué difícil es trabajar para que todo resulte muy deshecho, un poco bien deshecho», decía. Bajo este lema nacía una ingente literatura, anticipo del «absurdo» y del surrealismo, y de cien intentos que vinieron después. ¿Era Ramón un rebelde? Escuchémoslo: «Emplacé en las letras mi rebeldía, en vez de tirar ideas sociales a la cabeza de los demás.» Así, a golpes de ingenio, a fuerza de descuartizar el idioma para volverlo a componer a su manera, abrió cauces que hoy han de recorrer muchos, aunque no lo quieran o no lo sepan. Pagó por ello sus derechos: rompió sus vínculos con la historia y se situó al margen. Podemos preguntarnos si la operación valía la pena. Pero no es el momento.

Ha muerto en Buenos Aires el autor de «Pombos», de «Ismos», de «El torero Carachos», de «El circo», de «Senos», de «La viuda blanca y negra»; el amigo de Ehrenburg y Casson, de Ortega y de Grandmontagne, de Vighi y de Borrás. El hombre que iba «hablando solo por el mundo»; el que charlaba desde un trapeo o mientras esgrimía un chuzo luminoso. El que buscaba epitafios por los cementerios. El Ramón de un Madrid que va languidiendo, malresistiéndose a desaparecer. El inventor de la greguería, quizá el único cordón umbilical que lo unta a su tierra. Esta es la hora del énfasis, de la declamación engolada, del llanto circunstancial. Todo lo que él había, prácticamente, negado.

Su mejor necrología sería, o será, un estudio serio que, abarcando toda su obra, sepa valorarla desde afuera, con la perspectiva de que hoy puede disponerse. Y que sepa situar en la época, con todas las consecuencias, la diversa literatura del hombre que «quería jugar con su sombra».

EDUARDO G. RICO